

ESMERALDAS

---

CUENTOS MUNDANOS

POR

FRAY MOCHO



RAFAEL E. ALVAREZ, editor

PIEDAD 1199

BUENOS AIRES



---

LOS AZAHARES DE JUANITA

---



Mirar los blancos azahares con que se coronan las nóvias en tren de matrimonio, y sentir una carcajada cosquillearme en la garganta, es todo uno.

Y esto me sucede, no porque sea un cottorrón canalla y descreído, sino porque me acuerdo de Juanita la hija de nuestra vecina doña Antonia, que se casó con mi tío Juan Alberto.

¡Qué impresion sentí cuando la ví coronada de blancas flores de naranjo, emblema de la pureza, á aquella pícara, y graciosa muchacha con quien habia trincado tanto en el jardín de mi casa!

Vino á mi mente con toda claridad, la tarde aquella en que por vez primera nos dimos un beso, que fué el incubador de los millones en gérmen que Juanita escondía en las extremidades de su boquita rosada.

Segun costumbre, Juanita y yo—dos muchachos de 13 años—habiamos ido al jardín en

busca de violetas, durante una templada tarde de Agosto.

Allí, sentados á la sombra de los grandes árboles, escudriñábamos entre las hojas verdes, buscando las pequeñas flores fragantes.

Examinábamos la misma mata y derepente nuestras manos se encontraron sobre el tallo de una gran violeta nacida al reparo de una piedra, que yo me apresuré á cortar.

—Qué linda... dijo ella, dámela!

—No... es para mi ramo!

—Dámela, me repitió, pero esta vez con un tono tal, que me obligó á mirarla á la cara... no seas malo!

Y sus ojos negros fijándose en los míos me hicieron experimentar algo de que aun no me doy cuenta.

—¿No me la das?... volvió á preguntarme.

Y como yo al mirarla me sonriera, se rió ella mostrándome sus pequeños dientes blancos mientras exclamaba con un tono de reproche... Malo!

—Y si te la doy ¿qué me das á mí? le pregunté mirándola fijamente.

—Dámela! volvió á decirme, queriendo arrebatar-me la codiciada flor y sin responder á mi pregunta.

—Bueno... ¿qué me das?

—Si no tengo nada que darte!

Y se puso encendida.

—Dáme un beso!... Quiéres?

—Gran cosa!... ¿Y me dás la violeta esa?

—Sí!...no!...Dáme dos besos y te la doy!

—No... no quiero...[nos van á ver!...  
Dámela!... ¿Quieres?

—No nos vén... nos vamos allá... á la glorieta! Y me acuerdo que sin saber cómo, me encontré teniendo una de sus manecitas lindas, entre las mias.

—No... no...

—Vamos... te la doy!

Y al decirle esto la tomé de la cintura para hacerla levantarse.

Se puso de pié y como yo le hubiera hecho cosquillas, se reía.

Riéndose me siguió.

. . .

Nos sentamos en un banco perdido entre el follage, uno al lado del otro.

—Bueno... dáme la violeta primero, me dijo.

—Qué esperanzas!... Primero los besos...

—No, no,... me vas á hacer trampa.

—Bueno... los dos á un tiempo entónces!

—Oh! ¿Y cómo?

—Vos tomas la violeta del tronquito y cuando me dés los besos, la largo.

Así lo hicimos, pero yo recibí los besos y no largué el tronquito.

—Tramposo!

Y se dejó caer á mi lado haciéndose la que lloraba.

—Si no me los has dado! Yo fui el que te los di...!

—Pues no!... Es lo mismo despues de todo...!

Y yo pasé mi brazo al rededor de su talle aun no bien formado, yendo á poner mi mano sobre su corazoncito que sentí latía tan ligero como el mío, sintiendo á la vez otra cosa que me deleitó tocar.

—Bah!... mano larga!... me dijo y riéndose porque le hacia cosquillas... déjame!

Como yo continuara se echó para atrás descubriendo su cuello terso y se rió con toda franqueza, entrecerrando sus ojos negros.

Yo me levanté sin retirar mi mano de sobre su corazoncito que seguía latiendo apresurado y estirándome hasta alcanzar su boca entreabierta traté de juntar con los míos sus labios rojos y húmedos.

Sentí que me pasaba la mano por el cuello y reteniendo su cabeza junto á la mía, me besaba sin contar cuantas veces lo hacía.

No sé lo que pasó por nosotros, sólo recuerdo que cuando adquirimos conciencia de nuestra situacion, nos hallábamos fuera del banco,



envueltos entre las madreselvas de la glorieta, que nos embriagaban con la fragancia de las flores.

..

Y olvidamos la gran violeta crecida al reparo de la piedra, pero no la escena de la glorieta.

Todas las tardes íbamos á ella con pretesto de hacer nuestros ramos y la abandonábamos trás largo rato, llevando las flores tal como las habíamos traído.

Después, hombre yo y mujer ella, muchas veces nos hallamos en la glorieta querida con el mismo pretesto que cuando niños !

..

El destino nos separó y volví á verla recién la noche de su casamiento con mi tío Juan Alberto, coronada de blancos azahares.

Al verlos, recordé la glorieta verde del jardín de mi casa y por eso me impresioné tanto ; por eso exclamé lo que siempre repito cuando veo una nóvia con su corona blanca.

—Ah!... los azahares!... representan la pureza !



---

EL RAMITO DE NARDOS

---



Tres meses hacía que Rosita, una íntima de mi mujer, y yo, sosteníamos unas relaciones algo más que amistosas, á escondidas ella de su consorte y yo de la mía.

Una tarde fui á su casa, y como hiciera frío, encontréla estendida en un sillón, calentando en la estufa sus piesitos mononos y coquetamente calzados.

Al verme entrar exclamó :

—Qué milagro!... Tres días hacen que no pisas por acá!

—He estado sumamente ocupado!

—(*Arreglando su vestido y bajando la vista*) ¿Sí?... Pues me habían dicho que estabas entregado á la conquista de Josefina R... la mujer de...

—Son habladurías!

—(*Con tono seco*) ¿Habladurías?... Pues yo te he visto en el teatro la otra noche, mirándola con la boca abierta!

—Bah!... ¿tenemos celos mi negrita?

—¿Celos?... Las mujeres como yo (*arreglándose el flequillo*) no conocen eso... (*Haciendo un gestito delicioso*) Cuando nos

ofenden tomamos nuestras medidas en medio de una sonrisa y... nos vengamos alegremente... como se nos engaña!

. . .

Y al decirme esto me miró de un modo tal y me hizo un pucherito tan salado con su pequeña boquita rosada, que no pude menos que acercar mi silla á su sillón y tomarle una mano, una de sus manos blancas y gorditas.

—¿Pero mi Rosita... cómo puedes imaginarte que yo voy á jugar tu cariño contra el capricho de un instante? ¿Cómo creés que puedo desterrarme voluntariamente del paraíso en que vivo?

—Palabras y nada más que palabras!... No me pruebas que no quieras tener dos paraísos, ó mejor dicho mudarte á otro!

—Pero no seas mala! (*pasando mi brazo al rededor de su talle y atrayéndola hacia mí*) ¿A ver?... mírame!... ¿á que no me repites esas palabras crueles?... Te apuesto un beso...!

—No... no... déjame!... Eres un falso! Pero déjate estar: yo te he de hacer corregir con tu misma mujer!

—(*Riéndome*)—Bueno... haga lo que quiera mi negrita!... ¿Dáme un besito quieres... uno sólo?

—Oh!... bah!... ¿te has enloquecido?

—Dáme un besito! ¿Si?

—No!

—¿Si? (*y diciendo esto me incliné hacia ella, haciendo resonar la estancia con un sonoro y prolongado beso.*) Qué lindos nardos esos que tienes en el pecho!... Dámelos!...

—Pues no!... ¿Los quieres mi hijito para regalárselos á tu Josefinita R... no es verdad? Y yo te los voy dando!

—No seas mala! (*besándola en los labios repetidas veces*)... No seas mala!

—(*Riéndose*)—Eres un gran pillo...un zalamero!

—Bueno!...¿Me das los nardos?

—(*Haciendo un movimiento para sacarlos.*) Si no te puedo negar nada!

—(*Apresurado.*) No, no, espera!... Yo los voy á sacar con mi boca!

É inclinándose sobre su pecho y mirando su cuello alabastrino y terso como un raso, saqué de su seno el ramo de nardos blancos y fragantes que se expandía al calor de los encantos de Rosita.

. . .

Llegué á mi casa llevando en las manos aquella prueba de condescendencia en la in-

tima de mi mujer y fui á sentarme al lado de esta en el divan del comedor.

—Que bella está mi mujercita esta tarde !

—Y mi esposo qué galante y qué florido !

—Si...son unos nardos...

—Muy bonitos !...

—Qué compré al salir de la oficina.

—¿A verlos? (*Y tomando el ramo lo examinó con todo cuidado*)... ¿Lo compraste no ?

—¿ Te gusta ?

—No... te pregunto si lo compraste !

—Pero te he dicho que si !... Lo compré al salir de la oficina con el objeto de obsequiarte !

—Mientes !... Infame !... Desleal !

(*Y mi mujercita se me echó á llorar desesperada*).

—Pero ¿ qué tienes ?

—Ah ! Bien me lo sospechaba yo ! Esa loca de Rosita...

—Pero ¿ qué tienes ?

—Calla, infame ! ¿ Conque has comprado estos nardos no ? (*sollozando*) Estos nardos que yo misma le puse en el pecho á Rosita, hoy cuando vino !... Yo voy á ver á mamá... Dios mio !... quién habia de decirme que á los seis meses de casada !...

—Por Dios !... mi mujercita... escucha ! Todos los nardos son iguales !

—Estos yo misma los até con este hilo verde



y los puse en el pecho de esa loca... Ah!...  
Yo voy á ver á mi madre!

..

Me costó un trabajo colosal disuadir á mi mujercita de la idea de contarle á mi suegra el suceso fatal y doble mas probarle que en adelante sería la imágen de la fidelidad conyugal y un acérrimo enemigo de su íntima, como ella lo sería.

En cuanto á Rosita, cada vez que la encuentro me mira con sus ojos negros y picarezcos y se sonrie de tal manera, que yo leo de corrido su intencion de decirme:

—¿Quieres los nardos mi hijito, quieres los nardos?



---

LAS FLORES DE SÁUCO

---



No me ruborizo al confesar que mi amor primero, lo engendró una mujer que por sus años podía ser mi madre y que sali de él tan mal parado, que recien hoy, trás largos años, me atrevo á recordarlo.

Doce años tenía yo cuando fué á pasar con nosotros una temporada á nuestra quinta, aquella preciosa amiga de mi madre que se llamaba Adela y era viuda reciente de un gallardo coronel.

Su fisonomía ha quedado fijada en mi memoria y el tiempo ha sido impotente para borrarla.

Aún me parece ver su cara morena coronada por el cabello crespo y negro; su boca roja, de lábios carnudos, que dejaban ver unos dientes blancos y chiquitos que daban á su rostro una espresion infantil; sus ojos pardos, velados por largas pestañas y que brillaban de un modo tan particular; los hoyuelos de sus mejillas cuando reía; su naricita ñata y de

espresion zafada y luego aquel lunar pequeño que tenia entre la comizura izquierda de su lábio inferior y la barba.

Ese lunar fué el que me enloqueció; él y solo él, fué el autor de mi aventura desgraciada.

. . .

La tarde que llegó á la quinta llamóme mi madre y enseñándome á ella le dijo, mientras yo colorado hasta las orejas no me atrevia á mirarla y disimulaba mi bochorno manteniéndome tieso como una estaca:

—Este es Francisco... el mayor!

—Un bonito muchacho... Ven dame un beso!

Me aproximé á ella y confuso le retribuí el que me diera y al recibirlo en los labios, sentí que me dejaba un gusto tan encantador como grande fué el aumento de mi turbacion.

Aquella frase «un bonito muchacho» me cantaba en el oido con tanta más dulzura cuanto que estaba habituado á ser objeto de pullas por mi deliciosa fealdad.

. . .

Repuesto de mi primera impresion, miréla á la cara y desde ese momento cesó el revoloteo de mi pensamiento de niño, fijándose en

una aspiracion á algo que horas más tarde mi precocidad me hizo adivinar lo que era.

Aquel bonito lunar de la barba me atraia, me hacia estirar imaginativamente hasta él los labios y besarlo frenético.

En todo el resto del dia sentí en mi boca el buen gusto dejado por el beso de la viuda reciente del gallardo Coronel y en todas partes veía un detalle de su cara graciosa.

Ocupó el cuarto vecino al mio y á través de la puerta medianera que se hallaba clavada, yo sentí en la noche como dormia; oí la respiracion, el ruido de su cama que crujia bajo su peso cada vez que se movia y, más de una vez, mi imaginacion, me hizo creer que sentia entre mis labios aquel lunar enloquecedor, mientras mis manos correteaban sobre carnes duras como el mármol y suaves como la seda.

Qué noche mártir la que pasé!

La imaginacion no fué dominada ni un minuto. En esos momentos de fiebre, forjé el plan de agujerear la puerta para ver á la que me robaba mis pensamientos, hasta el momento en que apagara la luz.

. . .

Al otro dia realicé mi idea de la noche

y nunca esperé con tanta impaciencia la hora de dormir como entonces!

Llegada ésta, me instalé al lado de la puerta con mis ojos fijos en los agujeros y comencé á observar á la amiga de mi madre como se aprestaba á acostarse, enardeciéndome la sangre cada detalle.

Soltó su cabellera negra, quitóse el vestido, luego dejó caer sus enaguas y para desprenderse el corset, fuése ante el espejo del tocador.

A cada uno de sus movimientos, oleadas de sangre subían á mi cabeza y cuando ví que soltaba los tesoros de su seno, que temblaban bajo la fina tela de la camisa cada vez que se inclinaba, tuve que cerrar los ojos temeroso de que se saltaran de las órbitas.

Después la ví trepar al lecho que al crujir me parecía que reía de placer al ser oprimido por aquel cuerpo encantador y en toda la noche no pegué los ojos pensando en mi vecina y recordando detalle por detalle, lo que había visto á través de la puerta.

\*  
\*  
\*

En la mañana confié á Santiago, el viejo cochero de la casa—un compadre que siempre se complacía en hacerme malas pasadas—la pasión que me agitaba. Habiendo oído decir



que habia remedios para hacerse querer pedile alguno y él riéndose me dijo :

—Vea... busquesé unas flores de saúco y échelas en la caldera de que ella tome mate... Lo vá á buscar despues... vá á ver!... el saúco es milagrosísimo para el amor!

\*  
\*  
\*

Y yo, inocente, seguí el consejo. A la tarde, despues que ella habia tomado mate con toda la familia, cebado con la infusion por mí preparada á escondidas de la sirvienta y de la cocinera, la observaba buscando en sus ojos una chispa de amor. Y como no la viera, preparé para el mate de la noche nueva dosis.

Acostóse, prévia una nueva inspeccion mía á través de los agujeros de la puerta y sentíla inquieta en su cama.

Varias veces ví que se bajaba y abria la puerta que daba al pátio.

—Oh! Ella me ha de buscar!... me decia temblando de gozo...

Ella me ha de buscar!

Y confiaba en los efectos del saúco sin notar que mi padre, mis tios, mi madre, todos, en fin, habian abierto las puertas de sus cuartos á altas horas de la noche.

Qué revolucion al dia siguiente en la casa!

Todos los habitantes mayores de edad andaban enfermos del estómago y yo, sin notarlo, continuaba á la expectativa del primer llamado que me hiciera mi adorada.

Como el hecho no se produjera, al médio dia entré á la cocina á echar en la caldera mi yerba milagrosa.

Al ir á hacerlo, fuí sorprendido por la cocinera que inmediatamente fué á avisárselo á mi madre:

—Señora, el niño Francisco echa saúco en las calderas...yo lo he visto con estos ojos que se comerá la tierra! Con razon todos andamos de purga!



Y fui llevado al escritorio de mi padre donde este se encerró conmigo. Con gesto severo me comenzó á interrogar, é intimidado le confesé el móvil de mi accion.

Túvome encerrado unas dos horas y cuando me puso en libertad, todos los habitantes de la casa me miraban y se reian á mandíbula batiente.

En cuanto á ella, la Diosa de mis pensamientos, al verme no pudo ménos que ruborizarse y luego, como todos los demás, esta-

llar, en una carcajada y exclamar al ver a mi madre que atravesaba el pátio.

—Magdalena!...Ahí tienes á tu hijo, el enamorado del purgante :

Y las lágrimas se me saltaron de los ojos.  
Cosechaba mi primer desengaño !

---



---

ACÚSOME PADRE. . .

---



Era ella una mujer de la vida alegre, como se decia antiguamente, ó una *horizontale* como se dice hoy en que afrancesarse es la moda.

Inteligente, instruida lo bastante para llamar la atencion, y narradora admirable, se podian pasar momentos agradabilisimos en su compañía.

Yo cultivaba su amistad aun cuando con ciertas reservas, dada su posicion social.

En mis frecuentes conversaciones con ella habia notado su gran animadversion hácia los miembros del clero, hácia los *pollerudos* como les llamaba, y, una noche en que, en la mayor intimidad tomábamos una botella de cerveza en su modesto comedor, le averigüé las causas.

—Vea, me dijo, los aborrezco porque á uno de ellos le debo el no ser una mujer honrada... ó mejor dicho, ser lo que soy!

Y me refirió poco más ó ménos lo siguiente.

. . .

En 1972 tenia yo 13 años y era una pollita de las que Vds. llaman ricotonas... no es por alabarme.

Mis padres que gozaban de una posición no desahogada pero sí mediana, querían hacer de mí una maestra de escuela y me tenían en un Colegio de Hermanas de Caridad situado en la parroquia de X... en que vivíamos y próximo á mi casa.

Todas las mañanas iba á él á las seis y lo dejaba á las cinco de la tarde, recorriendo sola el corto trayecto y teniendo por costumbre entrar á la venida y á la ida al templo parroquial, que me quedaba de camino á hacer mis oraciones.

Extremadamente religiosa por mi educación, encontraba en mi madre grande estímulo para observar las prácticas piadosas, pues me hacía confesar casi diariamente, ignorando la pobre que con ello cavaba la fosa en que había de sepultar la felicidad de mi vida.

Era mi confesor, el párroco del templo en que siempre oraba; un sacerdote extranjero como de treinta años de edad, bastante buen mozo y que dada la frecuencia con que me veía había llegado á tener conmigo cierta confianza.

Con motivo de mi primera comunión me atestigüó su afecto, regalándome varias estampitas iluminadas y un libro de misa lleno de viñetas y con los cantos dorados.

Estos obsequios como lo comprenderá, lo elevaron á grande altura en mi considera-



cion de niña y estrecharon los vínculos de la especie de amistad que nos ligaba, imprimiéndole un sello de intimidad de que ántes carecía.

Como prueba de amistosa distincion acabó por no oirme en el confesonario; lo hacia ya en la Sacristía, ya en la Secretaria, y llegó hasta darme un beso en la frente várias veces, despues de terminada la confesion.

Un dia de tantos llevóme á la Secretaria y sentándose en el gran sillón forrado de seda punzó que habia frente al escritorio, llamóme á su lado y levantándose en alto cuando yo ménos lo pensaba, me colocó en sus faldas.

Este proceder me llenó de turbacion, pero el respeto que le profesaba no dejó triunfar en mí la idea que tuve de separarme de su lado y buscar un asiento más propio y donde me hallara con más tranquilidad.

Me acuerdo que me latía el corazón muy ligero.

Despues de arreglarme las ropas descompuertas por el ésfuerzo hecho para alzarme, recuerdo que me dijo, al mismo tiempo que me daba un beso en la boca sin que pudiera impedirlo :

—Si vieras la sorpresa que te preparo para el próximo Domingo!... Te voy á hacer un

regalo precioso, á tí que eres la niña más buena, más piadosa y más linda de la parroquia... ¿A que no adivinas lo que voy á regalarte ?

Y su voz temblaba un poco.

—No padre !... le contesté toda ruborizada porque sentí su mano izquierda apoyarse sobre mis rodillas, dulcemente y como al descuido, mientras con la derecha me retenía en sus faldas.

—Bueno !... Adivina !... piensa en lo que más te guste... Y volvió á besarme, pero esta vez en el cuello.

Permanecí muda, me preocupaba aquella mano izquierda que me acariciaba cada vez con más franqueza y que se había ocultado á mis ojos.

—Pues te voy á regalar un bonito relicario de oro con una reliquia milagrosísima !... y apretándome al mismo tiempo contra sí, me dió un beso en la oreja que me mareó, mientras que aquella mano que me preocupaba, avanzaba... avanzaba... y me hacía deliciosas cosquillas.

Mi pudor revelándose súbitamente, pudo más que el placer que me causaban la promesa de mi confesor y sus cosquillas que me movían á risa. Repuesta del aturdimiento que me produjo un beso en la oreja y roja de ver-

güenza, me dejé caer de sus faldas y quise alejarme.

— ¿Qué tienes?... me preguntó con un aire de inocencia que algo me tranquilizó, reteniéndome no obstante por la cintura, vuelta mi cara hácia él... ¿No te gusta mi regalo... eh?...

Y nuevamente comenzó á hacerme cosquillitas aun cuando esta vez con ambas manos.

Yo me eché á reir.

Tambien se rió él y continuó acariciándome.

Luego me preguntó si sus caricias me gustaban, en un momento en que me puse más encendida que nunca, y me dió un prolongado beso en los lábios que yo recuerdo que devolví, sin saber ni lo que hacia y sin poder hablar una palabra.

Despues volvió á colocarme sobre sus faldas sin que opusiera la menor resistencia; una emocion desconocida paralizaba mis miembros.

Mis manos temblaban y á mi corazon lo sentía latir como nunca; la sangre me comenzó á subir á la cabeza y noté que mis mejillas ardían y mi boca se secaba al calor de aquel fuego de que era presa.

Léjos de hacerme experimentar cosquillas las caricias de mi confesor, me producian una sensacion voluptuosa que apesar de mi turbacion me deleitaba.

Largo rato estuvo besándome y yo devol-

viéndole sus besos ; sus manos temblaban tanto como las mias.

De repente mi boca se unió á la suya ardentemente y casi á mi pesar ; algo como una nube pasó sobre mí y creo que me desmayé.

Solo sé que perdí la nocion de mi propio sér y que en ese momento di besos como jamás los he dado.



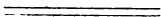
Me parece innecesario decirle que desde esa tarde me confesé todos los dias en la Secretaría, con la puerta cerrada.

A los seis meses de confesion continua abandoné furtivamente esta ciudad acompañada de mi confesor y me dirigi al Brasil de donde pasé á Europa.

Regresé á los nueve años y ya no encontré familia en Buenos Aires ; mis pobres viejos habian fallecido !

—¿ Y él, le pregunté, qué se hizo ?

—Me abandonó en Marsella... los curas son como todos ustedes... pan para hoy y hambre para mañana !



---

BAJO EL ALERCE

---



Aun cuando ya tenga mi medio siglo--altura á que no se muestran los colores en el rostro con mucha facilidad--me ruborizo cada vez que me encuentro con la señora viuda de Lopez : -- no me abochorna confesar esta debilidad, hija de un recuerdo de mi niñez.

Es uno de esos recuerdos penosos que tiene uno y que no son para borrados ni por el tiempo ni por la reflexion.

Para que se vea que no es nada malo, voy á referir mi incidente y juro por las canillas de mi abuelo que no se me podrá acusar de corruptor de las costumbres y que mi cuento lo puede leer cualquier niña soltera, aunque tenga más de treinta primavera confesadas sin haber oido repiquetear en su oido una de esas declaraciones formales, que son para nuestras mujeres como es el *à formar* para nuestros soldados.

. . .

El incidente se remonta á años...

Figúrense que es nada ménos que de la época

en que yo todavía fumaba á escondidas de mis padres y tuteaba á los criados para darme importancia!

La señora de Lopez no era entónces lo que es hoy una criolla gorda — ¿por qué no decir la verdad aunque se peque de poco galante? — de gran papada, séria, muy señora, vestida con ropas lujosas y hediendo á perfumes penetrantes.

No señor!

Era una morochita de 16 años, dueña de un lunar sobre la boca que atraía los ojos, si estos no estaban ya como clavados en unas mejillas rosadas que tenían no sé qué diablo de encanto que ahora me atrevo á llamar picante, pero que entónces no calificaba.

Y luego qué aire tan distinguido, tan elegante el suyo—y qué manera de reir tan picarezca... tan calavera!

Soy viejo pero todavía se me páran los pelos de punta cuando me acuerdo!

Y yo tampoco era lo que soy ahora: éste reumatismo que á veces me pone de mal



humor no sabia ni que existiera ; la calva que me deja enfriar los sesos no era aún ni proyecto ; y lo que es estas mis barbas canas no alcanzaban aún ni á la modesta forma de peluza.

Figúrense que solamente tenia doce años y ya pueden verme como á uno de tantos de la misma edad : largurucho, médio pálido, con una voz entre falsete y contrabajo y con más viento en la cabeza que el que encierra un globito de goma.

Porque eso si, para enriscado ahí estaba yo.

Las muchachas de la familia decian siempre, que era *lo mas metido*.

\* . \*

Esta, hoy señora de Lopez, que entónces era solamente Ernestina, visitaba con frecuencia á mis hermanas y á mi me cautivaba con sus monerías.

Ella como todas las muchachas—porque así son todas; por tener un mozo aunque sea de palo, como los caballos que suelen desear los bebés, se mueren—alentaba mi simpatía.

Me trataba como á un hombre hecho y derecho; me regalaba flores y no me llamaba *Masimito* como todas las relaciones de la familia sino que me llamaba *Máximo* ha-

ciendo sonar bien la *x* entre su dientitos adorados.

Esto me enloquecía; no me dejaba comer y me metía tales ideas de elegancia en la cabeza que me obligaban á querer mudarme camisa todos los días, á andar con los pantalones sin rodilleras, á enojarme con los pilletes que en la calle me trataban como á su igual; en fin, me trastornaban por completo.

. . .

Una tarde, no sé si á propósito ó por casualidad nos hallamos solos en el jardín, sentados en la pileta de las violetas, bajo el chalet verde formado por el viejo alerce rodeado de trepadoras.

Afuera había un sol ardiente como una llama amorosa de esas que al freir un alma de adolescente, la hacen proferir en poesías y versos de todo calibre.

Ella me pidió que le alcanzara un jazmin que crecía á corta distancia y yo fui á traerlo.

Cuando regresaba, miré al suelo y casi me desmayé al ver mi sombra en él, marchando ante mí con las piernas muy cortas, barrigona, con gran sombrero.

—Si seré así!... pensé.

Y por poco me echo á llorar de desesperacion imaginando que siendo un sátiro no me querria mi dulcinea.

En ese momento, recuerdo que maldije á mi padre, á mi madre, á mi abuela, á mi abuelo y á todos los que habian colaborado en mi humildísima persona.

Ernestina comprendió mi dolor probablemente, pues cuando le alcancé el jazmin me tomó la cabeza entre sus manos blancas y diminutas y me dió un beso en la boca, diciéndome :

—Mi hijito... tan rico!

Los oídos me zumbaron, no podia creer que un Cacaseno como yo mereciera semejante distincion.

Se me saltaron las lágrimas y oculté mi cabeza en el seno de Ernestina, que rodeó mi cuerpo con sus brazos.

Yo no sé cómo fué, pero el hecho es que mi boca curiosa se aventuró entre los vericuetos de su pechera y que yo encontré... No quiero ni acordarme de lo que encontré porque es vergonzoso que un hombre á mis años, sienta todavia lo que siento.

El hecho es que Ernestina sumamente sen-

sible me apretaba más y más y su ternura provocaba mi lloro en mayor abundancia.

Lloraba de dicha... —Vea V. llorar !... si lo que se le ocurre á un muchacho no se le ocurre á nadie !

Ella, fastidiada probablemente por mi pasión tan triste—que hay hombres como dice Heine, que tienen triste la alegría y alegre la tristeza — se apartó de repente de mi lado mal humorada, y mirándome con ojos enojados me aplastó con un « mire que sós sonso » que me dejó helado.

.  
\*  
.

Desde entónces no alentó mas mi simpatía Ernestina, la amiga de mis hermanas, hoy señora de Lopez, y desde entonces tambien yo me ruborizo cada vez que la encuentro en mi camino.

---

o

---

EL HIGO PINTON

---



Me habia llamado siempre la atencion el rubor que cubria las mejillas de mi prima Aurora y de mi hermano Rafael, cada vez que delante de ellos se hablaba de higos ó de higueras.

Sin embargo, jamás hubiera atinado con la causa de tal hecho si no hubiese sido por una indiscrecion de la cartera de mi hermano, en cuyas hojas encontré, años hacen, la historia siguiente que me dió la clave del misterio y que hoy que ambos han bajado al seno de la tierra, agobiados por el peso de los años no me quiero privar del placer de hacerla conocer por mis lectores.

. . .

Criados juntos, Aurora y yo, gozábamos de amplia libertad en nuestra casa y en la de ella, para entregarnos á nuestros juegos infantiles en el jardin, sin tener fijos sobre nosotros los ojos de las madres ó de las sirvientas.

Nos habiamos desarrollado en esa intimidad

y nuestros padres ni nadie en la familia se habia apercibido que ya habíamos pasado el período de la niñez.

Siempre seguíamos siendo *los muchachos* para ellos y aún para nosotros.

. . .

Un día, á esa hora llamada de la siesta en que el sol calcina la tierra obligando hasta á los pájaros á buscar un reposo á la sombra, jugábamos ella y yo bajo la más frondosa higuera del huerto y con toda la alegría inherente á nuestros catorce años bien contados.

Nos entreteníamos incoementemente en contarnos cuentos—repitiendo por la millonésima vez la historia de Juan Sin Miedo y del Loro Encantado que nos habia referido la vieja sirvienta—mientras descortezábamos varillas que bañadas en pega-pega, nos proporcionarían una coleccion de cantores gilgueros, de barullentos chingolos ó de chistadoras tacuaritas.

De repente ella, levantando sus ojos á la copa del árbol que nos cobijaba, y atravesando las verdes y ásperas hojas con su mirada, me dijo :

—Mira Rafael, mira... allí hay un higo pinton... es el primero!



—Qué pinton !... Todavía no es tiempo de higos !

—No, Rafael... si es pinton !... Yo lo veo ! Y me acuerdo que al decir esto sus labios se movían como si saboreáran aquella fruta delicada.

Viendo que yo no hacía caso á sus palabras y amenazaba continuar el cuento interrumpido, me dijo :

—¿ Bájamelo... quieres ?

—No !... Hay mucho sol !

—Entónces yo lo bajo... pero no te voy á convidar por haragán !

—Qué me importa !

Ella trepó al grueso y nudoso tronco sin que yo me apercibiera y luego que estuvo arriba, me gritó :

—Ché... Rafael... fijate si voy bien... derecho al higo !

Levanté la cabeza con desgaño y miré para arriba.

No sé lo que pasó por mí ; lo que recuerdo es que me levanté, tiré la varilla y me acerqué al tronco añoso mirando encantado á mi prima Aurora desde abajo.

Fué en ese instante que noté la expresion picarezca de su carita rosada, coronada por cabellos de oro, finísimos ; sus ojos azules que entre las hojas verdes se parecían á las cam-

pañillas silvestres que todas las mañanas recogíamos en los alrededores del invernáculo y su cuerpo gracioso en que comenzaban á dibujarse sus formas, puestas mas de relieve por el esfuerzo que hacía para mantenerse asida á las ramas.

Con la boca abierta la admiraba y su voz me sacó de mi admiracion.

—Dónde está el higo pues... Sonso !

—Si no sé donde estaba !

—Quedaba arriba de dos gajos gruesos que se cruzan... ¿Pero qué diablos miras?... Busca el higo !

Y tras largo rato de buscar, mi prima encontró la fruta que me habia proporcionado el placer de verla en todo el esplendor de su belleza.

Era efectivamente un higo pinton.

. . .

Cuando bajó del árbol, yo estaba encendido como una grana y no me atrevía á mirarla.

Ella vino hácia mi trayendo su conquista en la mano y sin notar mi turbacion la alzó hasta la altura de mi ojos y me dijo :

—Vés que era un higo?... Me dán ganas de no convidarte !

Levanté la vista y la miré, de tal manera

probablemente, que leyó en mis ojos los sentimientos que me agitaban, ruborizándose hasta el borde de sus orejitas pequeñas y rosadas.

—¿Qué miras?

—Tus ojos... tan lindos!

—Pues no!... vamos á comer el higo!



Y nos sentamos en el viejo banco de hierro pintado de verde, donde mi madre, pasada la siesta, venia á coser.

Comenzó á descascarar la pequeña fruta aun no completamente ennegrecida y luego que terminó quiso partirlo con los dedos.

—No lo partas!... muérdelo por la mitad!

—Oh! Sabes que es gusto?...

—Bueno, trae yo lo muerdo!

—No; te lo vas á comer todo!

—Es que si lo partes con los dedos me vas á dar el pedazo mas chico!

Y la disputa terminó porque yo le arrebatara la codiciada fruta ya pelada.

—Bueno... ahora si quieres higo lo has de comer en mi mano.

—No quiero...

—Entónces no comes!

Y concluimos porque yo le pusiera en la boca la parte que le correspondia.

En mi mente habia surgido la idea de darle un beso y aproveché la circunstancia para satisfacer mi deseo.

Al ponerle entre los lábios el pedazo de fruta codiciada, me incliné sobre ella y abarqué toda su boquita rosada con la mía.

Se rió franca y alegremente y mientras mascaba el higo pinton, me devolvió mi beso.

\* \* \*

Desde ese dia, todas las siestas buscábamos higos pintones, y en vez de contarnos cuentos, pasábamos el tiempo besándonos y comiéndolos en sociedad.

Despues, cuando los higos maduraron, llegamos á tener la revelacion de algo que mejor hubiera sido no se revelara y para comerlos, nos ocultábamos generalmente ya en el invernáculo á cuyo alrededor crecian las campanillas azules, ó trás el banco donde comimos el primer pinton que aquel año encontró mi graciosa prima Aurora.

—

---

---

FRUTA PROHIBIDA

---



Y don Juan—este sujeto es un almacenero italiano con quien tengo alguna relación—le dijo, guiñando los ojos, á la pardita que de la gran casa vecina, va todos los días á la compra y que él ha tiempo festeja, regalándoles ticholos y otras golosinas :

—Vea, si quiere que vamos al *Escatin* esta noche, escapesé... yo le doy conque disfrazarse... Nos vamos á divertir !

Y á la respuesta afirmativa de la invitada, seducida por las dádivas continuas, esperanzas de otras mayores y promesas de diversiones—siguió un papel de cinco nacionales nuevito y lindo.

. . .

Y un mundo de ilusiones envolvió á don Juan, mientras se ocupaba en desgorgojar un cajon de fideos picados.

Cómo se divertiría !

Ya le parecía sentir la música espeluznante del baile y verse prendido del talle gentil de la pardita, llorándole en la oreja sus súplicas amorosas.

Después se trasportaba con la imaginación á un pequeño cuarto de cierto café conocido y allí, teniendo á su compañera de baile sentada en las faldas, saboreaba una succulenta busecca ó un jugoso beefsteack con huevos.

Y atrevido y lujurioso llegaba hasta comer con ella en el mismo plato y con el mismo tenedor, cortándole con su mano y sirviéndole los pequeños bocaditos sabrosos que ella hacia desaparecer con tanta gracia entre sus dientes blancos y menudos.

Qué imaginación desorejada de almacenero!

¿Quiéren creer que llegó hasta besarle las piernas á la pardita?

. . .

Pero... cuánta prudencia se necesitaba para que no apercibiera la aventura doña Teresa, su consorte—una gran mujer blanca á quien hasta los hombres de galera le decían piropos cuando dejaba su cuartito vecino á la trastienda y salía á la vereda á lucir su cuerpo maciso pero airoso, cubierto por un sencillo vestido de percal.

Y entusiasmado con sus sueños no veía don Juan á su dependiente Palombí—á ese ganso de Palombi, como le llamaba cuando hablaba intimamente de él—que se hacía señas con



doña Teresa y le tiraba besos con la punta de los dedos, que esta hacía como que recogía adelantando su lábio inferior, grueso, rosado, atrayente.

Por fin llegó la noche y con ella la hora del placer para el calaveron almacenero.

Conque aire de esquisita cortesía preguntó á Palombi si habia cerrado bien las puertas del almacén!

Cuánta dulzura demostró al ir á avisar á su esposa que iba á estar ausente hasta tarde por tener que hacer en la Lógia á que pertenecía!

Y el muy tonto que siempre llamaba imbécil á su dependiente Palombi, salió sin notar la alegría que se pintaba en el rostro de los que quedaban en casa!

Y á la média hora tuvo que regresar á buscar dinero; se habia ido sin un peso al baile y no tenia conque pagar ni un chop á su adorada.

Despacio abrió la puerta de la trastienda

y paso tras paso penetró á su dormitorio y al de su esposa, dirigiéndose á la caja de fierro que dormía en un rincon, casi cubierta por ropas que no se usaban.

Y encendió un fósforo...



Momentos despues acudió la policia atraida por unas voces de auxilio, y al penetrar al pátio del almacen se encontró con un espectáculo risible.

Palombi, el largo y escuálido Palombi, sujeto del cuello por la nervuda mano de mi amigo don Juan y no teniendo más vestido que una camiseta de punto que apenas le llegaba á la cintura, recibia la más completa paliza con que puede obsequiarse á un campeador de fruta prohibida tomado en flagrante delito de mordizco clandestino.

Y la policia quitó á la víctima de entre las uñas de su verdugo.

Cómo se quejaba Palombi!

Le debian haber roto una costilla; no podia caminar; aquellos dolores lo mataban!

La policia quiso llevarlo al Hospital pero doña Teresa se opuso formalmente.

—¿ No oian acaso como se quejaba Palombi? ¿ No veian que no podia tenerse en

pié?... Por otra parte ella lo cuidaría en su cuarto.

Provisoriamente se trasladó al enfermo á la cama matrimonial de don Juan.

El pobre almacenero, acusado de lesiones corporales graves, fué conducido á la Comisaría.

Y al cerrarse trás él la puerta de su casa, cesaron por completo y como por encantamiento los ayes del vapuleado Palombi que quedaba en el lecho de que el ofendido marido lo habia arrancado poco hacia, violentamente.

Como este proceder le escocia, don Juan no pudo ménos que decir:

—Mire que es salvaje esta policia!... No vé que Palombi se hace el chancho rengo... no más?...



---

DRAMAS DEL TERCER PATIO

---



La conoció siendo vigilante.

Por la mañana cuando estaba de faccion en la esquina, arrebujaado en su grueso capote azulado con botones de nickel, se quedaba estasiado viéndola fregar los vidrios de las grandes puertas que daban al balcon.

Se le hacía agua la boca al mirarle los brazos morenos, gruesos y bien torneados.

Le metía los ojos por la manga del vestido y los paseaba á lo largo de aquel lindo cuerpo, acariciando sus formas exhuberantes.

Francamente, gozaba contemplándola y su gozo se pintaba en su rostro obligándolo á llevar la mano á la empuñadura del machete con un aire bravío.

Ella lo miraba tambien y se deleitaba, mientras limpiaba los grandes vidrios, pensando en los besos que se ocultaban bajo los gruesos bigotes del enamorado vigilante.

Y por la noche al retirarse á su cuarto oscuro y frio, como generalmente son los destinados á la servidumbre, se complacia en reproducir mentalmente el cuadro que habia herido su retina por la mañana y se sentia

presa de emociones que al par que la llenaban de contento, le hacían latir con fuerza el corazón, enardecíendole la sangre.

La fiebre de amor dominaba su cerebro de quince años y luego que se acostaba se dormía gozosa pensando que no era el sueño quien entrecerraba sus ojos sino el hálito tibio de aquel á quien consagraba las primicias de sus pensamientos íntimos.

Y dormida, delirios de amor la hicieron más de una vez abrazar la almohada sobre que reclinaba su cabeza.

. . .

Una mañana en que él estaba franco y recorría las calles sin rumbo, la halló en su camino.

Inmediatamente adoptó su aire marcial, estudiado para las grandes ocasiones y se acercó á ella retorciéndose el bigote con coquetería.

—Qué ricura!... le dijo... ¿Y no tiene miedo que la roben?

—No sea sonso... eh! Siga su camino!

—Jesús que mala!... Naidés lo diría viendo esos ojos!

—Pues no!... Siga su camino y dejemé.

—Qué esperanzas!... Primero me desueñan!... Mirá dejarla aura que la he caturáo!



¿Qué no sabe que usted es la prenda más linda de la sesión?

—Bueno... vaya... dejemé!... y feliz con las palabras del galante gallo policial se hacia la que caminaba ligero para escapar á su compañía... Mire que nos va á ver el patron!

—Pero si yo tengo que hablarle de lo que la quiero!... Esperemé esta noche en el zaguán... Sí?

—Que se ha creído eh?... Yo no soy de esas!

—No se enoje mi negra... si es pá hablar no más!... ¿Me va á esperar?

—Siga su camino...

—Vea si habia sido mala! Quién lo habia é creer viéndola tan rica!... Me va á esperar?

—No!

—Digamé que no mirandomé... Que me maten sus ojos!... Me va á esperar?

—Ya le he dicho que nos va á ver el patron... dejemé!

—No... digamé que sí... sino soy capaz de acompañarla no digo hasta su casa... hasta la polecia!

—Bueno... pero...

—A que hora mi negrita?... tan rica!...

—Ustedes dicen todos lo mismo!

—Yo no se lo digo mas que á usted... bueno... ¿á que hora?

—A las seis... no me acompañe... mire que nos va á ver el patron!



Y desde ese dia, todas las tardes á las seis, hora en que los patrones comian, ella y él se encontraban en el zaguan semi-velado por las sombras de la noche que llegaba.

Fué trás la pesada puerta de cedro llena de molduras donde él desfloró sus lábios de virgen con el primer beso de amor; fué allí donde por primera vez ella sintió, confusa y turbada, una mano de hombre acariciar los tesoros de su seno mientras en su oido vibraban palabras que hacian estremecer su cuerpo y cuya armonía desconocida no sospechaba ántes ni remotamente que existiera!

Fué allí donde sus lábios aprendieron á derramar la dicha que la inundaba—tiñéndole de carmin las morenas mejillas aun cubiertas por ese vello de la niñez, que parece nube de inocencia—transformada en raudales de besos tanto más ardientes cuánto mayor era el caudal en que brotaban!

Y fué allí trás aquella pesada puerta de cedro, donde una noche, enloquecida por el fuego que circulaba en sus venas y sintiendo impotentes sus besos para apagarlo, entregó

á su amante el velo de su pureza de vírgen ;  
le sacrificó sus rubores de niña inocente !

. . .

Y la pobre mujer que con tosco lenguaje me pintaba su primer caída, miéntras yo velaba como practicante al lado de su humilde lécho de Hospital, rompió á llorar y entre sollozos me dijo al darse vuelta hácia la pared.

—Desde entónces no volví á abrazar mi almohada soñando y hoy lloro al recuerdo de lo que tantas veces me deleitó !

FRAY MOCHO.

---

---



---

**LA LECCION DE LECTURA**

---



Mi primo Santiago se rió con toda franqueza al oír mi pregunta y exclamó con ese tono picarezo que es peculiar al que dice una cosa y quiere que le entiendan otra :

—No fué por raptor que me acusó el viejo mayordomo de tu padre, sino por corruptor de las buenas costumbres.

—Bueno!... Pero es lo mismo!

—No es lo mismo... cabe un distingo!

—Pero el hecho es que V. la robó á Felipa, la hija del mayordomo y que la sacaron de su cuarto...

—No es verdad! A ella la sacaron de mi cuarto pero yo no la habia robado... se habia venido por sus propios piés. Eso lo confesó ella... Fué por esta causa que el padre me acusó solamente de corruptor.

—Cuénteme entónces como fué.

—Bah... bah... pequeño crápula!

—No; si no es por crapulismo... es que quiero aumentar mis cuentos verdes... ya sabe que hago coleccion!

Y el primo Santiago me refirió lo siguiente con un lujo tal de detalles que me veo obligado

á suprimir la mitad para que no se me tache de larguero

Tu padre me llevó á la gran chacra que tenia en la estancia y me encargó de ella... fué en 18...

Entónces Felipa — tú sabes que mujer fué despues la tal Felipa — era una pollita de 13 años que el mayordomo cuidaba más que á sus pesos.

Morenita, gruesa, con una pierna y un cuerpito de aquellos que parecen hechos nada mas que para que se siembren besos; era encantadora la pequeña.

*Y aquí mi primo se saboreó y comenzó á buscar los cigarrillos.*

Yo le eché el ojo desde la llegada: no podia ser por ménos.

Figúrate aquella frutita rica, silvestre, que crecia sin saber para qué, expuesta á que el primer dia se la engullera un estómago de patán incapaz de apreciarla en su verdadero valor...

Y luego era un rayo la muchacha!



Dejé pasar un tiempo y una tarde le digo al viejo :

—¿ Dígame, por qué no le enseña á leer á Felipa en los momentos desocupados ? ¿ En qué va á pasar el tiempo la pobre cuando sea moza, no teniendo madre, ni nadie que le haga compañía... tan solita ?

—Ya he pensado!... Pero yo no sé leer Don Santiago y hacerle venir un maestro... V. sabe... eso cuesta !

Pero hombre, amigo, le enseñaré yo... valiente!... No es trabajo...

Y el pobre mayordomo acojió con tales muestras de alegría mi proposicion que no pude ménos que exclamar :

—Yo cumplo con mi deber de hombre honrado difundiendo la luz de la civilizacion!... No me agradezca !

Y desde el otro dia comenzamos las lecciones bajo la vijilancia del padre que queria asistir á todos los progresos de su hija.

Yo esperaba como el gato, morrongueando, el menor descuido para tender la garra acerada.

Y el hecho aconteció.

A los pocos dias el viejo no asistió mas á las lecciones que eran dadas á la noche en el vasto comedor, porque se dormia oyendo el *a, b, c.*

Comprende primo?... El gato levantó la

cabeza y se lamio el hocico con su lengua blanquizca y áspera como una lija.

*Y aquí lió su cigarrillo con toda calma, comenzando à buscar los fósforos entre los innumerables bolillos de su saco, que es de memoria tradicional en la familia.*

\*  
\*  
\*

Una tarde deletreábamos el *m, a, ma* cuando se me ocurrió acercarla bien à mi para oirle mejor la lectura: estaba un poco sordo.

Le pasé el brazo por la cintura y sin decirle una palabra la atraje hácia mis rodillas con todo disimulo.

Deletreó admirablemente y no pude ménos que darle un besito—el primero—en la orejita rosada, en un puntito que hoy encontraria todavia con los ojos cerrados.

—Muy bien mi hijita, exclamé, muy bien!

Y la levanté en alto sentándola sobre mi pierna izquierda en demostracion de mi admiracion por su inteligencia y en premio de su sabiduria.

Levantó la pobrecita sus ojos negros hasta mi rostro y viéndome tranquilo y sonriente, no trató de bajarse, sino que, haciendo un gestito coqueto aun cuando estaba muy colorada, se estiró bien su vestidito azul de lanilla

que habia dejado en descubierto una rodilla gorda, carnuda que daba ganas de comerla y luego con unos hoyitos...

*Mi primo encontró su caja de fósforos y la hizo sonar para cerciorarse de que no estaba vacía.*

\* \* \*

¿Qué mas te diré? Desde ese dia ya no le enseñé sino teniéndola en mis faldas y así fué como aprendió á irse á mi cuarto... sin que yo la llevara,

*Aquí mi primo sacó un fósforo y me dijo:*

No cabia mas acusacion que la de corrupcion...

—Bueno, pero le enseñó á leer, primo?

*Encendió su cigarrillo y envuelta en la primera humada lanzó la frase siguiente:*

—Ya lo creo!... Cuando la pillaron en mi cuarto hacia tiempos que leía de corrido y con mucha correccion... siempre me felicité de haber sido su maestro, pues tú sabes lo afecta que fué siempre Felipa, á la lectura!

---



---

# LOS LUNARES DE MI PRIMA

---



La historia de los únicos amores serios que he tenido, es algo que siempre he deseado contar y que hasta hoy no lo he hecho esperando que abandonara la tierra, aquella que debió ser mi compañera.

Hoy que eso ha sucedido, quiero confiar al papel lo que solo durante tantos años ha guardado mi memoria.

\* \* \*

Nunca me acuerdo de la época en que hube de casarme con mi linda prima Margarita, sin que se me erize el cabello.

Si no hubiera sido la indiscreción de Pedro, el gallego sirviente que desde hacia tres años tenía mi tío Cipriano, indudablemente yo sería á la fecha un honrado padre de familia y no un solterón calavera que pasea continuamente del brazo con el fastidio.

Sin embargo, le agradezco al pobre gallego el servicio que me hizo, impidiéndome que con el tiempo llegara á ser uno de esos que llevan lo que todos ven menos ellos.

Al cumplir los 24 años y recibir mi título de escribano, me encontré sólo en el mundo; sentí la nostalgia del hogar; quise hacerme una familia, hablando claro.

Entonces me fijé en mi prima Margarita cuyo padre había sido tan bueno para mí.

Noté que era una real moza y me espliqué recién la causa porque me daba rabia cuando sabía que alguno la festejaba ó le hacía monerías que yo siempre encontraba estúpidas.

Era una morochita rosada, dueña de unos ojos negros, pestañudos y mas llenos de promesas que boca de un candidato presidencial y de un cuerpo, un aire, un modo de caminar y un lunar sobre la boca un poco á la izquierda de la nariz, que eran verdaderamente enloquecedores.

Y luego aquel pelito corto que usaba y le daba un aire tan calavera!

Traté de entenderme con ella y á poco andar lo conseguí, máxime cuando mi pobre tío Cipriano hacía tiempo que me tenía echado el ojo para yerno.

Obtenido el consentimiento de los tíos para



hacer de su hija mi compañera y previo el beneplácito de esta que, entre paréntesis, lo concedió ni bien lo sollicité, me entregué con todo ardor á ser un perfecto novio.

La madrugada ya me encontraba vestido para asistir á la misma misa que ella, un pretesto como otro cualquiera que teníamos, para asestarnos miradas matadoras en las cuales creíamos envolver poemas de amor sublime.

Más tarde venia el almuerzo en su casa al cual era infaltable y en el que siempre tenía la suerte de quedar sentado al lado de mi prima Margarita y enfrente á su lunar, á aquel pequeño puntito negro que daba á su fisonomía un aire tan picarezo.

Luego un pretesto ú otro, me llevaba á su casa cada média hora; habia llegado á ser para mi una especie de necesidad verla lo ménos cincuenta veces por dia.

Oh! no nos cansábamos de hablar con los ojos yo y mi linda prima Margarita!

Un nido de amor comencé á arreglarne, donde no se colocaba un solo objeto, sin que la que debia habitarlo conmigo pusiera su visto bueno.

Queríamos que nuestra casita fuera un pequeño eden que no tuviera igual en la tierra.

Y cómo nos deleitábamos, en las horas que pasábamos juntos, pensando en los placeres que nos esperaban !

Egoistas con nuestro cariño, viviríamos solo el uno para el otro en nuestro paraíso, no teniendo ella más Dios que yo, ni yo más Dios que ella !



Acercándose el día feliz de nuestra unión, algunas plantas de mérito que debían colocarse en el jardín, solo faltaban para que el pequeño nido estuviera terminado.

Y yo, acompañado del gallego Pedro, determiné ir á buscarlas á la quinta que el tío poseía en Moron.



Yendo en el tren con el antiguo servidor de mi futura y para hacer ménos pesado el viaje emprendí conversacion con él.

Se deshizo en pinturas sobre las bondades de ella, su inteligencia, su gracia y su belleza.

—Qué lindo lunar el que tiene en la cara, le dije entusiasmado.

—Ese no es nada, me contestó, si viera V. los otros?

—¿Cuáles otros?... le repliqué alarmado por los conocimientos que demostraba tener.

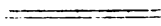
—Pues!... los que tiene en los muslitos y en otras partes que ya me sé!... Esos sí que valen!

E hizo aquel salvaje una mueca con pretensiones ridículas de guiñada.

Inútil me parece decir que no traje plantas de la quinta de mi tío Cipriano y que en mi visita de la noche tuve tal pelotera con mi bella prima Margarita, que nuestro compromiso quedó roto para siempre, comenzando yo al otro día á deshacer el pequeño nido casi terminado.

En cuanto al pobre viejo, que permaneció ignorante de los conocimientos de Pedro, decía siempre que se hablaba de mi:

—Es un loco de remate... un tarambana que morirá como un perro!





---

ENTRE YO Y MI TIA

---



Fué un secreto que siempre quedó entre yo y mi tia Candelaria, la razon que esta tenia para decir con una sonrisa de aquellas que eran de su exclusiva propiedad, cada vez que mis padres hablaban de la carrera á que me dedicarían :

—Háganlo estudiar para cura... tiene condiciones !

Cuánto tormento, cuánto rato amargo me hizo pasar esta frase que con toda dureza me reprochaba una mala accion !

Hoy, que tanto me separa de entónces, no me es desagradable referir la triste aventura que influyó mas para que yo me *ordenara* y que muchas veces me hizo renegar hasta de la vida, siendo generadora de aquel dicho burlesco que á mí me encendía la sangre.

\* \* \*

No sé por qué, pero el hecho es que cuando yo tenia diez años nada habia que me distrajera más que mirar á mi tia Candelaria.

Tenia doble edad que yo y era una muchacha

alta, gruesa, bien formada y llena toda ella de una gracia especial.

Me recuerdo que los hombres en la calle no podían mirarla sin chuparse los labios.

A mí me causaba delicia ver los pelitos rubios, encrespados, que tenía atrás de la oreja, sus labios rojos que contrastaban con el azul de sus ojos, sus dientes blancos como su rostro y, sobre todo su pechera, su hermosa pechera en la cual me gustaba tanto recostarme, probablemente debido á los perfumes de que la saturaba y que yo aspiraba con fruición.

Confundiendo ella mi placer con el cariño, buscaba siempre ocasión de acariciarme y yo no perdía médio de conquistarme sus caricias, sus caricias que me hacían venir ganas de estirarme como los gatos chicos cuando se les rasca la barriga.

. . .

Un día á esa ardiente hora de la siesta, en que es quemante hasta la luz, se encerró conmigo en el comedor con objeto de que no anduviera al sol mientras mis padres dormían. La inacción hizo que el sueño me venciera y recordándome de repente, encontréla recostada en el gran sillón de mi madre, con toda la ropa desprendida y durmiendo á pierna suelta.



No bien abrí los ojos no sé qué espíritu maléfico acarició mi mente, pero el hecho es que se apoderó de mí la idea de ver desnuda su pechera.

Y despacio, despacito, me acerqué á ella y por sobre su hombro quise mirar los encantos que las ropas velaban.

No consiguiéndolo me arrodillé á su lado y con toda precaucion aparté las hojas de su vestido desabrochado ; luego con mayor cuidado aún comencé á entreabrir su camisa espiando con mirada ardiente por entre las rendijas y teniendo cada vez ideas mas malignas á medida que adelantaba en mis investigaciones.

Mis manos temblorosas le producian probablemente cosquilleo voluptuoso; porque noté que la tela se inflaba de repente á impulsos de una fuerza interior de que no me daba cuenta y que ella dando un gran suspiro se reclinaba hácia el lado derecho.

Su movimiento dejó al descubierto lo que tanto ansiaba ver ; dos montoncitos de carne blanca, tersa y satinada, coronados por una mancha roja semejante á una hoja de rosa.

Ignoro cómo; pero el hecho es que no atiné ya á guardar reserva y que le di un beso en

aquel surco blanco que separaba aquellas hinchazones que me atraían; despues... despues lamenté no tener dos bocas para acercarlas á un tiempo á las hojas de rosa!

. . .

El furor de mis besos la despertaron despues de dar un gran suspiro y dejar caer sus blancos, mórbidos y torneados brazos á lo largo de su cuerpo.

Aun recuerdo la expresion de asombro con que me miró y la vergüenza que me produjo esa mirada obligándome á taparme la cara con las manos.

—Picaro... zafado!... exclamó mientras reparaba el desórden introducido por mí en sus ropas... luego verás con tu padre!

Me eché á llorar desconsoladamente y ella, sin piedad, se levantó, abrió la puerta y me hizo salir á fuera dándome un suave pellizco en el pescuezo.

. . .

Llegó la noche y la tia Candelaria no le contó á mi padre lo sucedido y pasó el otro dia y tampoco lo hizo, pero jamás volvió á acariciarme ni yo á buscar sus caricias.

Sin embargo, cuando me encontraba en su presencia me hallaba violento y temía siempre á una revelacion de sus lábios!

Esta aventura fué el secreto que siempre guardamos y la que hacía decir á mi tia Candelaria cuando mis padres hablaban de darme una carrera :

—Háganlo estudiar para cura... tiene condiciones!



# INDICE

	<u>PÁJINAS</u>
Los azahares de Juanita.....	3
El ramito de nardos .....	11
Las flores de sáuco.....	19
Acúsome padre .....	29
Bajo el alerce .....	37
El higo pinton.....	45
Fruta prohibida.....	53
Dramas del tercer pátio.....	61
La leccion de lectura.....	69
Los lunares de mi prima.....	77
Entre mi tia y yo.....	85

---

